



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 41. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Noviembre 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

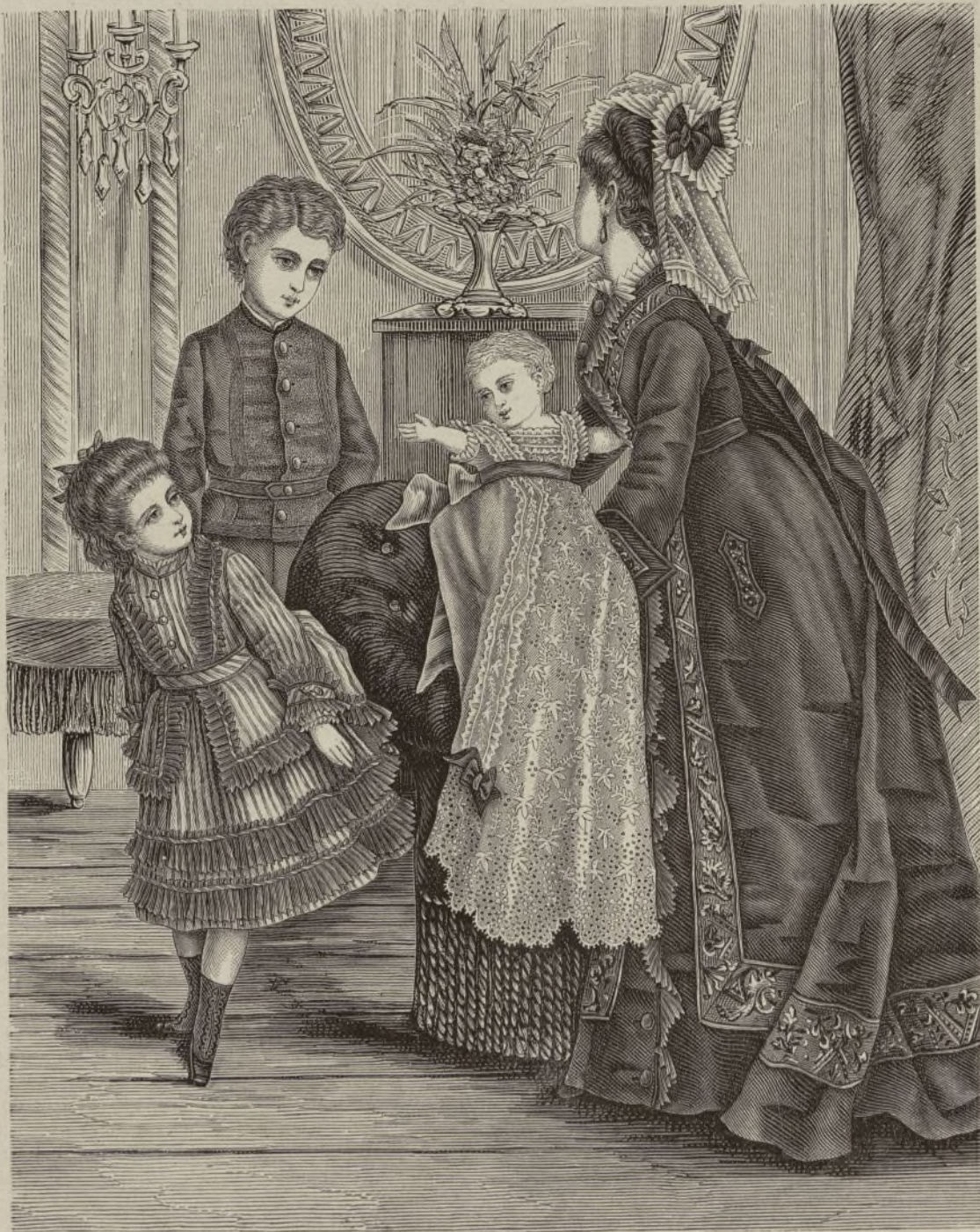
Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda. — Vestido para niña. — Trajecito para niño. — Falda para bebé. — Peinador Wateau para señora. — Traje con túnica adornada de otra tela. — Traje adornado con bullones. — Collar de cinta y encaje. — Pendiente y alfiler de moña. — Veis diferentes cofias elegantes para vestir y para casa. — Cuellos y puños de novedad. — Fichú con encaje. — Cortas para la cama. — Cinco pañuelos bordados. — Camisón-chaleco. — Ahuecador. — Corsés. — Camisas. — Pantalones. — Enaguas.

— Redecillas para la cama. — Almohadón con aplicaciones. — LITERATURA: El Egoísta, por Faustina Saez de Melgar. — En el cementerio, poesía, por Nicolás Díaz y Perez. — Santa Teresa de Jesús, por María del Pilar Sinués de Marco. — Roma, por Salvador María Fábregues. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Charadas. — Economía doméstica. — Advertencia importante. — Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

Yo recuerdo, lectoras mías, que en mi dichosa infancia hacíanme reír los grabados que representaban ilustres damas del principio del siglo, adornadas de sombreros monumentales, en los que se agrupaban artísticamente plumas, encajes, flores y joyas; imposible parecía á mi inocente discurso, que aquello hubiera podido ser adorno admitido en sociedad, y le consideraba obra del capricho del artista. ¡Quién me hubiera dicho entonces que aquel mismo sombrero volvería á llevarse en mis días, adornaría mi pobre cabeza y le reconocería gracioso y elegante! ¡Oh poder invencible de la Moda! En efecto, aquel mismo sombrero, con su gran ala levantada de un lado, ó bien por delante ó por detrás, con gran lazo atravesado por flecha ó puñal de azabache, una ó dos plumas que se estienden sobre el fondo, algunas flores graciosamente sembradas, constituyen el sombrero actual, que sería inadmisibile si unas manos privilegiadas no le confeccionasen. Como el azabache domina hasta la exajeracion, los sombreros llevan tambien mucho azabache, y les favorece: los de tul negro y los de castor blanco y negro con encaje perlado de azabache son los del momento, y al color de sus adornos debe corresponder el lazo que va en el pelo, bien sujetando la gran castaña Luis XVI, bien los dos tirabuzones graciosos y no muy largos que la reemplazan con ventaja. Hay quien habla de bridas para el sombrero de invierno, pero esta noticia aun necesita confirmacion: el sombrero redondo es más infantil, y aquí teneis el secreto de su largo reinado. No obstante, el sombrero de bridas le aventajará siempre en severidad y en elegancia.

Las túnicas desiguales á las faldas no quieren decididamente abandonar su prolongado imperio, y este año se continuarán usando de color y aun de cachemir blanco sobre vestido negro de paño, faya ó terciopelo; en este gusto tengo á la vista una sobre vestido de paño de damas negro, adornado con terciopelo inglés del mismo color, cuya túnica es blanca de cachemir, con encaje negro perlado de azabache alrededor y terciopelo estrecho á la cabeza y fleco blanco con hilos de azabache al pie; por delante se continúa el encaje, y cierran la túnica lazos de terciopelo en todo su largo, corriendo un terciopelo dellazo del pecho al hombro, donde se sujeta con otro lazo mayor con lar-



1 á 4. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

1. Vestido para niña.

2. Traje para niño.

3. Falda para bebé.

4. Peinador Wateau para señora

gas caídas. Es una túnica distinguida y elegante. He podido admirar otra recién llegada de Paris, de color de hoja seca con guipure del mismo color alrededor y chaqueta-coraza sin mangas: estaba destinada á completar un traje azul turquesa, adornada la falda de volantes y plegados y con mangas bullonadas. La forma de la túnica actual es un delantal largo, cuyas puntas suben á rematar con un encaje de moña, y en este caso se

entallados y las túnicas ceñidas harán el gasto. En estas se combinará el terciopelo con el cachemir bordado, dando un resultado feliz. Para abrigos de noche, la forma siempre dominante es el albornoz, pero como todo lo que se generaliza se desdibuja por las reinas de la Moda, los albornoces han perdido por el momento su importancia; algunas, las que pueden gastarlo, llevan un paletot de grandes mangas en cachemir ó matalasée, tela de

completa con la coraza, y si es entera la túnica será menos larga por delante que las del verano, y bajando por detras á cubrir casi toda la falda. En la primera forma de túnica y coraza, puedo describiros un traje severo y de la más suprema elegancia. Es un traje de terciopelo negro, con dos volantes anchos y apenas fruncidos, que llevan un plegado al borde del mismo terciopelo y túnica-delantal de encaje completamente cubierta de azabache, lo mismo que la coraza, que deja libres las mangas bullonadas de terciopelo. No puede darse nada más rico! Para estas túnicas de encaje perladas, lo mismo que para los pequeños fichús del mismo género, aconsejaria comprar encaje bordado y formar con él delantal, ó guarnecer la túnica en tres ó cuatro órdenes, quedando entonces un fondo insignificante que bordar. Los pequeños fichús se llevan sobre las mismas túnicas, y para adornos de ellas hay tantos encajes bordados, flecos de seda y de selpilla y pasamanería, todo bordado de azabache, que lo único difícil es elegir bien entre bueno y bonito.

La combinacion del cachemir y la faya, ó del terciopelo y el paño, hace entrar en juego telas que para traje entero resultarian pesadas. Tal es la faya rica á listas y cuadros de terciopelo que se utilizarán en túnicas ó en faldas: las de rayas; aunque género del año anterior, serán preferidas á los grandes cuadros de terciopelo negro sobre fondo grosella, azul paño ó marron, tela suntuosa, pero que por su gran dibujo se presta más á faldas que á túnicas.

En lanas, los vestidos de sarga, limousin, paño de Thibet y vigoña, serán los propios de invierno, y los que vienen ya en corte los más aceptables, porque la buena combinacion realza un vestido, y esta no se obtiene más que con un gusto muy perfecto. La villa de Paris, en la calle de Postas, tiene gran surtido de estas confecciones.

Los abrigos ceñidos reinarán sin rival, y en paño y en terciopelo los abrigos cortos entallados y las túnicas ceñidas harán el gasto. En estas se combinará el terciopelo con el cachemir bordado, dando un resultado feliz. Para abrigos de noche, la forma siempre dominante es el albornoz, pero como todo lo que se generaliza se desdibuja por las reinas de la Moda, los albornoces han perdido por el momento su importancia; algunas, las que pueden gastarlo, llevan un paletot de grandes mangas en cachemir ó matalasée, tela de

seda acolchada, de gran riqueza, que forran de seda y guarnecen de cisne; pero la que no puede lucir tan ostentoso abrigo, prefiere al albornoz, ya muy visto, un chal de tejido inglés, y algunas hasta destinan para salida de baile y de teatro los magníficos pañuelos turcos, de incalculable valor. Ante este abrigo, tienen que ceder los más suntuosos que inventa la Moda. No obstante, tan privilegiado atavío no debe usarse sino en alguna circunstancia especial, y para abrigo de diario son muy bastantes los chales ingleses.

Los peinados bajos se han generalizado indicados apenas, y muy pronto recibirán nuestras lectoras diferentes modelos de ellos. La castaña, ó los dos cordones sujetos con un lazo, son el peinado más general, así para teatro como para calle; pero dos tirabuzones gruesos, sujetos con un lazo del color del traje debajo del peinado, es aun más distinguido para sombrero, y tiene ya algo de carácter de peinado de sociedad.

JOAQUINA BALMASADA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 á 4. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

1. *Vestido para niña.*—(Patron: en el mes de Mayo de este año). Es de poplin rayado gris y blanco, con plegados en la falda y túnica del color más oscuro. Cuello alto con gola y mangas correspondientes.

2. *Traje para niño.*—Blusa con cinturón y pantalón de paño gris adornado de trencilla de lana más oscura, de 2 1/2 cents. de ancho: la blusa, abotonada por delante, figura chaleco, de paño más oscuro.

3. *Faldon para bebé.* (Véanse los números de Setiembre). Es de batista blanca con rico bordado á la inglesa y plumetis, formando delantal y cenefa alrededor. Los dos bordes del delantal llevan un entredós con encaje, adorno que se repite alrededor del escote y manga. Una cinta de color ciñe el faldon, formando lazo por detras.

4. *Bata para señora.*—Es de cachemir marrón, con una tira alrededor de cachemir de colores vivos, que sube por delante á los dos lados de los botones que cierran, sujetando un plegado de muselina: la tira de cachemir es género turco, con un biés de seda á cada borde. Cofia de muselina y encaje.

5 á 7. CAMISAS PARA DORMIR.

(Patron: en el pliego de patrones por el revés, número IV, figs. 7 á 12).

El núm. 5 presenta una camisa larga, cerrada por delante de arriba á abajo con botones y manga larga con gran puño, adornado, así como el jareton de adelante, de un pequeño bordadito: los delanteros llevan además plieguecitos á la máquina, para los que se dejan 7 centímetros más á cada delantero. Dos puntas, bordadas también, pasan por debajo del cuello marinero, atándose en corbata.

La núm. 6 es una camisa, abierto el escote en corazon y adornado de una tira de batista con pliegues trasversales, pegados á la camisa con bieses á la máquina: un entredós y encaje orilla además el borde, cerrándose debajo la camisa con botones y ojales.

La núm. 7 lleva la parte superior de los delanteros postiza de plieguecitos, que terminan bajo dos guarniciones bordadas, y el jareton del centro, cuello y puños, llevan un pequeño bordado.

8 y 9. CAMISAS PARA VESTIR.

(Patrones: en el pliego de patrones por el revés, números I y II, figs. 1 á 4).

La camisa núm. 8 cierra en el hombro, tiene apenas manga que sale de la misma camisa, y lleva un rico bordado alrededor. El patron núm. 4 indica el medio de cortar el árbol de la camisa con economía en una tela de 80 cents. de ancho, y marca con puntos la nesga que se le debe añadir.

Para la núm. 9 se corta el árbol de 82 cents. de largo desde el escote de manga, y despues de hechas las costuras, se coloca la manga, y en el escote se recoge el vuelo á frunce, bajo un biés bordado, que lleva á cada borde una guarnicion bordada tambien.

10 á 14. PAÑUELOS PARA EL BOLSILLO.

(Cenefas y escudos: en el pliego de patrones por el revés).

Estos cinco modelos indican las numerosas variedades que permite hoy el pañuelo, rodeándolos de un jareton de otra tela, ó haciéndolos grandes festones de otro color, ó dobles festones con lunares sobre cenefa azul ó color crudo. El pañuelo núm. 14 es blanco con jareton unido por calado y cenefa bordada á plumetis.

15 y 16. CHAMBRAS.

(Patrones: en el pliego por el revés, núm. V, figs. 13 á 16).

La núm. 15 es de cretona ó madapolan, y la tela en que se corta el cuello y las patas de adorno es percal fino plegado á la máquina ántes de cortar la forma de los adornos, que van guarnecidos, así como el jareton, de un pequeño bordadito: las patas más largas tienen 28 centímetros y las más cortas 22.

La chambrá núm. 16 es más fina y adornados los delanteros de dos cenefas bordadas en la misma tela y separadas por plieguecitos: al cortar los delanteros es preciso dejar tela para estos pliegues y para el jareton, que es de la misma tela. El cuello y manga reproducen el bordado.

17 y 23. PANTALONES PARA SEÑORA.

El primero, que es para vestir, se hace en cretona armado en cintura al hilo y adornado por abajo de cuatro jaretitas, un bordado á la inglesa y un plegado de muselina.

El núm. 23 es de abrigo, y lleva patron en el pliego de patrones por el revés, núm. III, figs. 5 y 6. Se hace en franela ó piqué rayado, las costuras anchas y planas y el escote reforzado con un biés interior de percal. El borde superior se pega á una cintura lisa, y por abajo se terminan con un feston grueso y una jareta interior para atarle debajo de la rodilla.

18, 19 y 20. AHUECADORES.

Estos grabados presentan un modelo ligero de llevar y fácil de hacer. Compónese de dos paños al hilo por delante que se juntan en nesga por detras, teniendo 63 centímetros de vuelo por abajo y 36 por arriba, cuya parte fruncida se monta á una cintura. Se colocan por dentro 8 cintas para pasar otros tantos aceros, y se adorna la parte de abajo con un volante. Se cierra por delante por medio de cintas, y el núm. 18 muestra el ahuecador abierto y arrollado para poderse guardar fácilmente.

21 y 22. FICHÚ Ó PAÑUELO PARA LA CAMA.

Ambos son de percal, de forma de tres puntas, y se coloca una guarnicion, una puntilla, ó sencillamente un feston, en la parte del cuello.

23 y 24. CAMISOLIN Y MANGA.

Es de forma de chaleco blanco la parte de camisolín y de percal rayado el chaleco, cuello y puño, todo respuntado al borde. La chorrera es de la misma tela y los botones de nácar.

25 á 32. GORRAS PARA CASA.

25. *Gorra de cama.*—(Patron: en el pliego por el revés, núm. VI, figs. 17 y 18).

La pasa y las bridas se cortan de un pedazo, y se rodea la primera de un bordado, orillando las bridas de un dobladillo y solo con bordado á las puntas.

26 y 31. *Gorra-redecilla.*—Necesita un pedazo de muselina ovalada de 30 cents. de ancho por 61 de largo, que se frunce á un puño redondo de 54 cents. de extension. Estos números muestran la gorra por delante y por detras, frunciendo además el fondo por el centro como indica el grabado. El bavolet es un pedazo de muselina cortado al biés, de 52 cents. de largo por 12 de ancho en el centro: rizados de muselina y cintas de seda la completan.

27. *Cofia-velete.*—Un velo de tul moteado se pliega sobre un fondo de tul de armar, de la manera que indica el grabado, y se prende con grandes alfileres á los lados.

28. *Cofia con lazadas.*—Se bullona la muselida sobre un fondo de tul, y se le pone bavolet de tul moteado y guarniciones de muselina plegada. Lazos de terciopelo sujetos con hebillas de nácar.

29. *Gorra con plegados de muselina.*—El fondo es un círculo de tul de 23 cents. de diámetro, que se riza á pliegues á un puño, cubriendo este fondo de un bullonado de muselina y un plegado alrededor sujeto con un roló de cinta. Otro plegado más menudo y lazo de cinta por detras completa la cofia.

30. *Cofia-eharpe.*—La armadura es un triángulo con puño alrededor sostenido con alambre, y en este se coloca el adorno en diadema, formando el fondo una serie de bullones, de los que baja el eharpe ó gran bavolet. Lazos de cinta de color.

32. *Gorra para la cama.*—(Patron: en el pliego de patrones por el revés, núm. VII, figs. 19 y 20).

El ala ó pasa es una tira plegada á la máquina, unida al fondo por un biés cosido á máquina tambien: el borde posterior lleva jareta con cinta, y un plegado por delante, y bridas que repiten el adorno de la gorra la completan.

32 á 36. CUELLOS Y PUÑOS.

(Patrones: en el pliego de ellos por el revés, núms. X y XI, figs. 28 y 29).

Los núms. 33 y 34 presentan un cuello y puño liso solo adornados de un respunte y de tres ó cuatro dobles para que arme bien. Corbata de crespon de China.

El núm. 35 lleva las puntas bordadas figurando hoja de parra y en batista, así como el borde del cuello, que se aplica á feston sobre la Holanda. El núm. 36 es un cuello vuelto, reforzado el borde con un biés cosido á máquina, y corbata estrecha de seda negra.

37 y 38. FICHÚ CON ALFILER Y PENDIENTE.

Este fichú, propio para casa, es un triángulo de batista con encaje irlandés alrededor: el alfiler imperdible es una rosa de porcelana, y el núm. 38 muestra el pendiente igual.

39 á 42. ENAGUAS.

(Las indicaciones para el corte las ofrece el pliego de patrones por el revés, desde el núm. XII al XVI).

La primera es una enagua corta, festonada y bordada al pasado. La segunda (núm. 40) es de cola para vestir, y lleva gran cenefa de jaretitas y un plegado al borde. Esta enagua es para salón y carruaje.

La núm. 41 es de media cola, con volante encima de la enagua, con bordado y jaretitas y cubierta de volantes toda la parte de atras: esta enagua sirve al mismo tiempo de ahuecador.

La núm. 42 es enagua para la calle, con ancha cenefa de tiras rizadas á jaretitas y separadas por entredoses y gran bordado al pié: otro plegado con bordado y cabecilla separada por un biés completa la enagua.

43. PANTALON PARA SEÑORA.

(Véase la explicacion en el núm. 17).

44 y 45. CORSÉ.

(Patron: en el pliego por el revés, núm. VIII, figs. 21 á 27).

Los grabados muestran el corsé por delante y por detras, que puede hacerse en grós ó raso, forrado de lienzo y con los respuntos de seda blanca: lleva al escote un rizado de cinta blanca de seda y un encaje con un lazo por delante. Puede hacerse este mismo corsé mucho más modesto en cachemir ó dril blanco ó de color. Las piezas se unirán por las letras de los patrones.

46 á 49. REDECILLAS.

La núm. 46 es una redecilla de malla, cuyo punto recibirán en breve nuestras lectoras.

La núm. 48 es de punto de aguja, y los núms. 48 y 49 muestran el fondo y la guarnicion. La explicacion detallada no puede ir en este número por falta de espacio, pero la recibirán nuestras lectoras en uno de los inmediatos.

50 y 51. ALMOHADON.

Bordado de aplicacion.

El dibujo y los detalles van en el pliego de patrones: la aplicacion es de cuero sobre paño, y la guarnicion la muestra el núm. 51 festonada por los dos bordes.

52. COLLAR DE CINTA Y ENCAJE.

Tres rizados de encaje con terciopelo en el centro de cada uno, que son dos unidos por el pié, forman este adorno de novedad y que favorece mucho á personas delgadas: sus largos son desiguales, como indica el grabado.

53 y 54. VESTIDOS CON TÚNICAS.

El primero es para casa ó tertulias de confianza, y se hace en cachemir gris con el delantal adornado de bieses, y la falda que le sujeta á los lados con biés escocés que se continúa todo alrededor por detras con volante de seda más oscuro al borde y biés sobre la union del delantal. Grandes lazos á los lados de seda y cordones de pasamanería. Túnica cerrada por presillas de pasamanería, de espalda corta y delanteros largos que suben á rematar debajo de la aldeta: orilla la túnica biés escocés como la coraza y vueltas de mangas.

El segundo es de poplín y terciopelo con volante apenas fruncido la falda, plegado encima con terciopelo á la pegadura y ancho bullonado, que remata en terciopelo y cabeza. Túnica cuadrada por detras, y cuyo delantal se sujeta con lazos al costado, adornada de ancho biés de terciopelo.

JOAQUINA BALMASADA.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid



EL CORREO DE LA MODA

Administracion. Plaza de Prim, n.º 2

Ayuntamiento de Madrid

Lit. de G. Ruiz. Espíritu-Santo, 18



EL EGOISTA.

(Continuacion).

Se dedicó lleno de afán á terminar las particiones; pero nada pudo sacar, pues los escasos bienes que resultaron no fueron bastantes, ni con mucho, para pagar á los acreedores.

El adquirir esta dolorosa convicción le causó una profunda pena, porque sin dinero en una sociedad como la de Madrid, donde las apariencias y el lujo son elementos poderosos para hacer fortuna, nada se prometía.

Salustio sintió el doble contratiempo de la pérdida de su padre y de su fortuna por el mismo, sin acordarse de sus hermanos, á los que veía reducidos á ganar el sustento con el trabajo de sus manos, y sin embargo no exhalaban contra él ni una queja, ni le culpaban de su ruina, creyendo buenamente que cuando se conquistase, como decía, una posición brillante, les ayudaría siendo su protector y su padre.

Así se lo prometió, y ellos, haciendo todavía un nuevo sacrificio, le ofrecieron lo poco de que podían disponer, con lo cual volvió á Madrid, despidiéndose afectuosamente de la familia de su prometida, que le rogaban se quedase con ellos y partirían su fortuna, que si no espléndida, disfrutaba las ventajas de una cómoda mediana.

Salustio no aceptó; se conceptuaba superior á todos sus paisanos. Ana, su prometida desde la infancia, era una joven muy bella, que pertenecía á una casa nobilísima, pero atrasada. Se amaban desde niños con ese sentimiento purísimo, que es el primero que se graba en el corazón del adolescente y el único que no muere. Arraiga con fuerza, nos sigue siempre en todas las contrariedades de la vida, y es la hermosa luz que alumbra nuestro camino.

Ana prefería el amor á las riquezas, y le hizo muchas instancias para que se quedase entre ellos; pero el ministro en ciernes, arrullado por su ambición y sus ilusiones, pensaba de distinto modo, si bien amaba con todo su corazón á la joven, y no dejaba de causarle pena lo inmutable de su resolución.

Se había trazado un plan de conducta, y era inflexible. Partió, pues, sin tener en cuenta las esperanzas que había alimentado en aquella familia, cuando todos creían que concluida su carrera, y después de unas relaciones tan largas, se casaría con Ana, que despreció muy buenos partidos por guardarle fidelidad.

En nada pensó; cegado por su egoísmo, quiso á todo trance satisfacer sus aspiraciones, y deseoso de hallarse otra vez en el palanque político, donde le llamaban sus inclinaciones y donde esperaba hacer fortuna, se alejó de su pueblo natal, dejando llena de lágrimas á la desventurada Ana, disgustados á sus padres, porque nada dejó resuelto sobre su enlace, y tristes á sus propios hermanos, que hubieran tenido mucho gusto en verle enlazarse á una joven tan buena, mejor que correr tras las aventuras de un porvenir incierto.

Salustio comprendió que no podía seguir viviendo en Madrid con el rango que había tenido hasta entonces, y empezó seriamente á reflexionar sobre su situación.

Frecuentaba los mejores círculos, y llegó con este motivo á adquirir muy buenas relaciones, que le sirvieron perfectamente para empezar sus negocios. Con el poco dinero que pudo reunir tomó casa y abrió su bufete de abogado, dándose una gran importancia, y empezando por tomar á su cargo algunas causas difíciles, que le dieron mucha fama pero poco dinero.

Ya se le concluían los recursos y su posición empezaba á ser penosa, cuando una mañana se presentó en su casa un caballero que anticipándole una gran cantidad le encargó la defensa de un pleito en el que jugaban cuantiosos intereses, y en el que cifraba el anciano toda su fortuna, que ascendía á muchos miles de duros.

Salustio comprendió al primer golpe de vista que el negocio era bueno, y trabajó con fe y con tal acierto, que salió triunfante, ganando el pleito en pocos meses. El Sr. Ozcaris le profesó con este motivo una amistad muy viva; le llevó á su casa y casi le brindó con la mano de su única hija la encantadora Lucila.

El Sr. Ozcaris era nuevo en Madrid, y creyó una gran cosa al joven abogado, que tenía una elevada inteligencia, y por su notable mérito trataba mano á mano con las eminencias más notables de la política y de la aristocracia.

Salustio pesó las ventajas que le reportaba este enlace, que bajo el punto de vista del interés era muy beneficioso; pero tenía que sacrificar á la inocente Ana, y á pesar de su carácter resuelto luchó algunos días con esta idea.

Ya por galantería había empezado Salustio á hacer el amor á Lucila, y ésta admitió sus obsequios agradecida porque trabajaba con afán por ganarle el pleito, del cual dependía toda su fortuna. Cuando el triunfo fué suyo, le acogieron como á un hijo, seduciéndole las ventajas de una posición tan halagüeña que le permitiría dedicarse por entero á la política, que era su mayor deseo, abandonando el bufete.

Lucila además era joven y guapa, y no tardó mucho la balanza en inclinarse á su favor.

La pobre Ana quedó olvidada.

Salustio se casó sin el menor escrúpulo, despreciando las afecciones tranquilas del corazón por los turbulentos gozos de la sociedad y de la fortuna.

Al principio todo fué bien. Era vanidoso y egoísta y se encontró perfectamente con su nueva familia, que halagó su vanidad haciéndole partícipe de sus riquezas y proporcionándole los medios de hacer papel y de conquistarse el puesto importante que tanto ambicionaba.

No tardó mucho en ser diputado, y lanzándose á la política palpitante empezó con ardor á trabajar, animado por su constante deseo de sobresalir y de sobrepujar á todos.

Acudieron sus hermanos así que le vieron en estado de hacer algo por ellos, pero de nada les valió; eran unos lugareños muy zafios para desempeñar destinos públicos, y dinero solo tenía Salustio lo bastante para sí, porque su suegro proveía á todas sus necesidades.

Volviéronse á sus casas los infelices, cargados de promesas para lo futuro y de desengaños en el presente.

La infeliz Ana lloró sobre las cenizas de su primer amor, y al ver que los hermanos de su amante volvieron al pueblo tristes y cabizbajos, exclamó:

—Salustio sacrifica el amor y los gozos del corazón por la satisfacción personal, ¡quiera Dios que no se arrepienta algún día!

Sufrió resignada aquel terrible golpe, y al pronto no quiso casarse, pero poco tiempo después heredó una gran fortuna de un pariente lejano que tenían en América, con lo cual llegó á ser más rica que Lucila.

Entonces se trasladó á Madrid con sus padres, donde fijaron su residencia.

Allí supo que Lucila no era feliz á pesar de las apariencias que hacían creer lo contrario, porque Salustio no la amaba ni era capaz de amar á nadie más que á sí mismo.

Envanece por las riquezas y por el lujo y comodidades de que le rodearon tanto el padre como la hija, tuvo con ellos muchas atenciones en los primeros meses de su casamiento; pero cuando consiguió brillar en el Congreso, haciéndose un orador notable, y por sus discursos, la mayor parte de oposición, logró que le atendiesen, ya se juzgó el jefe absoluto de la familia, y dejándose llevar de su natural propensión al egoísmo, se hizo imperioso, exigente y descontentadizo.

Su mujer se aterrorizó al conocerle tal cual era. Cayó de sus ojos la máscara, y la miseria de aquel hombre le dió horror.

Es verdad que no hay nada más repugnante que un hombre egoísta; y por desgracia abunda mucho el género entre el sexo feo. Y no les libra la inteligencia de este cáncer devorador que corroe las entrañas; sino al contrario, los hombres de más talento suelen ser los más egoístas.

Si nos conociéramos á nosotros mismos, más de cuatro creerían ver su fotografía moral, quizá su historia, en este ligero bosquejo; pero no lo temo, porque mi héroe no se creyó nunca egoísta ni culpable de las desgracias que le sobrevinieron.

«La inteligencia nivela las fortunas», solía decir, y se juzgó superior á su mujer y á su suegro, dejándoles conocer con este motivo toda esa multitud de defectos que siguen al egoísmo y le acompañan haciendo del individuo un ser repulsivo y antipático en alto grado.

Jamás se cuidaba de las atenciones que son debidas á una esposa; hacia que le sirvieran los criados á punta de lanza, que sus órdenes fuesen obedecidas sin replicar, y con tal prontitud, que si no acudían volando á su llamamiento, saltaban por encima de sus cabezas las porcelanas y los chismes que se hallaban más á la mano.

La soberbia y el mal humor son los compañeros inseparables del egoísmo. El hombre que se halla dominado por esta miserable pasión, no se halla nunca contento, todo le parece mezquino, y no piensa en los que le rodean, sino para explotarlos, sirviéndose de ellos y alcanzando por su mediación el logro de sus fines particulares.

(Se continuará).

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EN EL CEMENTERIO.

FRAGMENTOS.

Este es el santuario de la muerte....
Recinto misterioso y solitario
Do el corazón inerte
No puede palpar bajo el sudario,
Ultimo don que le ofreció la suerte.
Ved la luna, sus tibios rayos lanza
Sobre el lúgubre campo del reposo,
Tumba de la esperanza,
Donde el mortal se duerme silencioso,
De Dios bajo la límpida mirada
En medio de la muerte; de la nada!
Todo es tranquilidad; la amarga pena
Que la separación deja en el alma
A este sitio es ajena;
Lugar de sueño y calma....
Solo el viento en las hojas susurrando
Flando sonido eleva
Henchido de amargura,
Cual si las tumbas fueran exhalando
Hondo gemido que al pasar se lleva
En sus alas el aura fresca y pura.
Cuán frío es el ambiente!...
¡Cuán triste el susurrar de la corriente
Cuyo eterno murmullo,
Secunda el ave de siniestro arrullo!
En la lápida ved del monumento
La inscripción funeraria,
Fria cual su recinto,
Como el sonido que arrebató el viento
De las hojas, y lleva el aura viva
Por los espacios que la mente olvida
En aras del más triste pensamiento....
—«Caminante, debajo de esta losa
«Reposa la verdad, aquí se encierra
«Polvo y miseria, podredumbre y tierra.»
Así nos dice el mármol, y los ojos
Por separarse de él tristes se afanan,
Porque aquellos funestos caracteres
Do quier vaga la vista se presentan,
Y cuanto se huye más, más forma ganan;
Torpe alucinación de los sentidos
Turbados en el campo del reposo;
Miedo febril, incógnitos latidos
Del corazón pequeño y receloso!

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

SANTA TERESA DE JESUS.

Leyenda original de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(Continuacion).

Teresa corrió á exponer su deseo á doña Beatriz, que lo oyó con la sonrisa en los labios.

—Es decir, que ahora queréis ser solitarios? observó: mira, niña, que has inspirado á tu hermano unas ideas que no me agradan, y menos á tu padre: tú eres la inventora de este proyecto, así como del de ir á Moreria, no es cierto?

—Sí, señora, respondió Teresa algo confusa.

—Ya lo presumía yo; pero hija mía, si tú quieres ser religiosa, cuando tengas edad para ello, nadie te lo impedirá, y yo seré en ello muy gustosa; pero en cuanto á Rodrigo es otra la cuestión: tu padre le destina á la carrera de las armas: por lo tanto, no le hagas santurrón.

Teresa iba á retirarse llorosa y afligida.

—Vamos, dijo doña Beatriz, que era la misma bondad: me da pena verte triste, hija mía, y te voy á dar gusto esta vez: tendrás tu celdilla, con la condición de que solo te has de retirar á ella para hacer tus oraciones durante un rato cada día, sin abandonar por eso la compañía de tu familia ni tus estudios y ocupaciones habituales: en cuanto á Rodrigo, él no debe pensar en esas cosas.

Teresa se retiró del cuarto de doña Beatriz, y su hermano, que la esperaba, salió á su encuentro.

—Qué ha dicho madre? le preguntó.

—Que hará una celda.

—Solo una?

—Solo: una para mí.

—Y yo, por qué no he de ser ermitaño también? exclamó llorando el niño.

—Dice madre que has de ser militar y no monge: pero debes ir á ver á padre y pedirle tu celda: aunque tal vez no te la dará, porque está visto que Dios quiere castigarte.

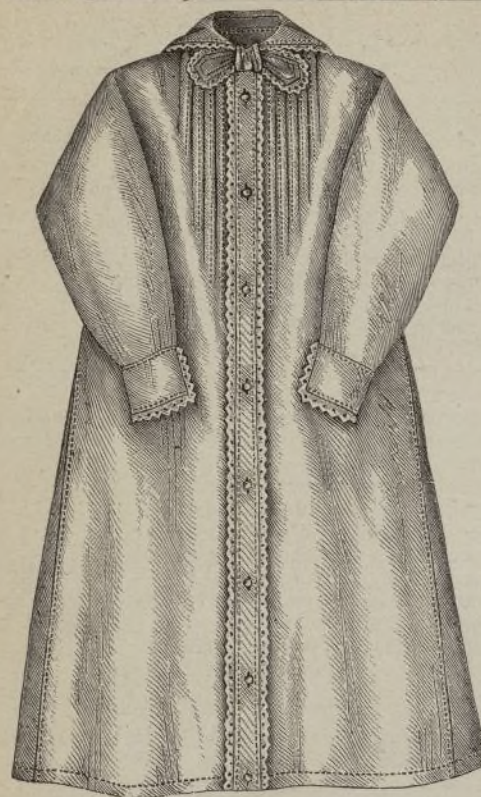
—Por qué?

—Por no haberte resignado á sufrir un poco el hambre.

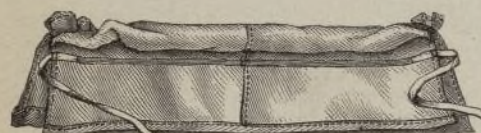
Rodrigo fué enseguida en busca de don Alfonso, que á su vez le concedió el permiso de tener celda para ser ermitaño.

Dos días después las celdas estaban terminadas: los niños se hallaban cada uno en la suya rezando con fervor.

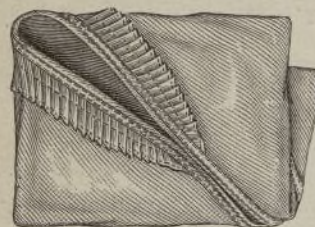
Las ideas de devoción se iban arraigando más y más cada día en el alma tierna y entusiasta de Teresa. Había hecho ésta que llevasen á su celdita una mesita cubierta con un paño blanco, y sobre la cual había colocado un hermoso crucifijo, regalo de su madre, dos candeleros



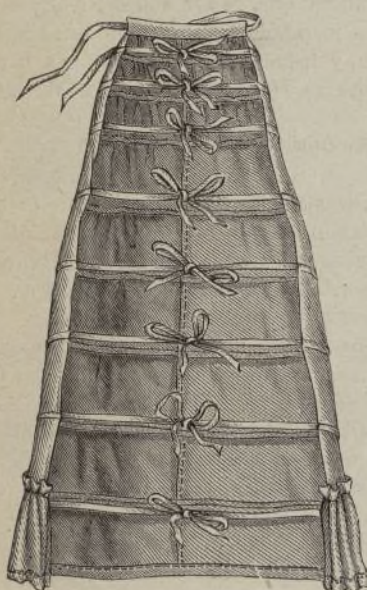
5. Camisa de noche.
(Patron: pliego por el revés, número IV, figs 7 á 13).



18. Ahuecador. (Véanse los núms. 19 y 20).



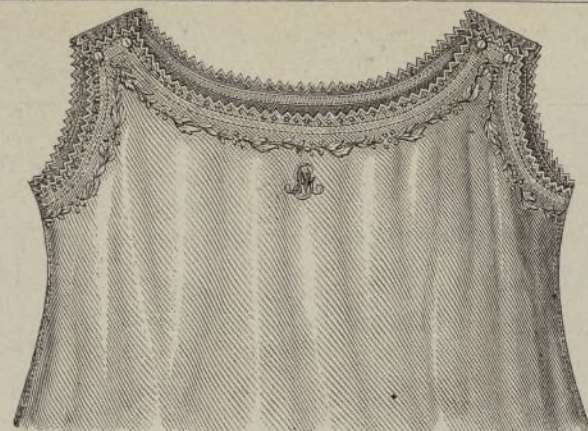
21. Fichú para la cama.



19. Ahuecador. (Véase el núm. 20).



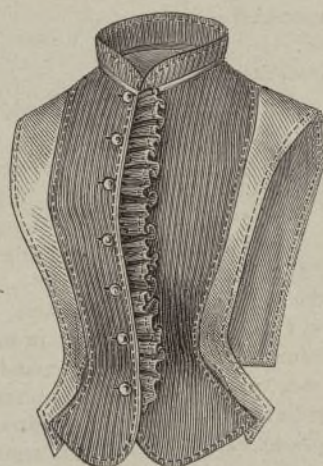
20. Enagua corta bordada. (Modo de cortarla: pliego por el revés, núm. XII, figs. 31 y 31a).



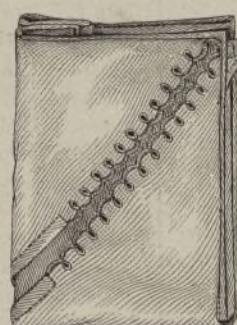
8. Camisa para vestir.
(Patron: pliego por el revés, núm. II, figs 4 y 4a).



15. Chatoira con sobrepuestos.
(Patron: pliego por el revés, núm. V, figs. 13 á 16).



23. Camisolin chaleso.
(Véase el núm. 24).



22. Fichú para la cama.



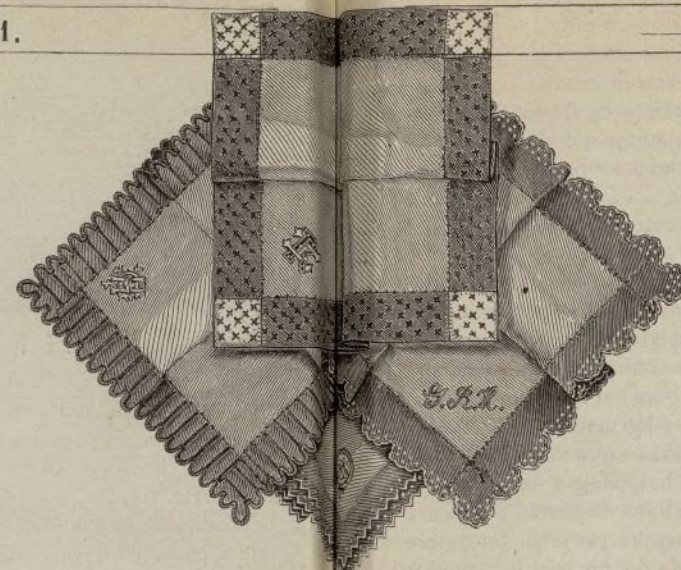
20. Ahuecador.
(Véase el núm. 19).



40. Enagua de cola.
(Modo de cortarla: pliego por el revés, núm. XV, figs. 34 y 34a y núm. XVI, fig. 35).



6. Camisa de noche.



10 á 13. Pañuelos bordados. (Contornos bordado: pliego por el revés, figs. 43 á 45).



23. Gorra redequilla.
24. Gorra volete.

26 á 31. Gorra para casa.
28. Gorra con hebillas.
29. Gorra con pliegados.

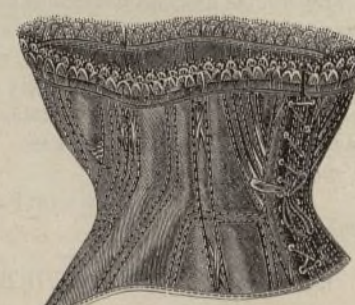
30. Gorra echarpe.
31. Gorra redequilla.



44. Corsete presentado por delante. (Patron: pliego por el revés, núm. VIII, figs. 21 á 27).



24. Manga correspondiente al camisolin núm. 23.



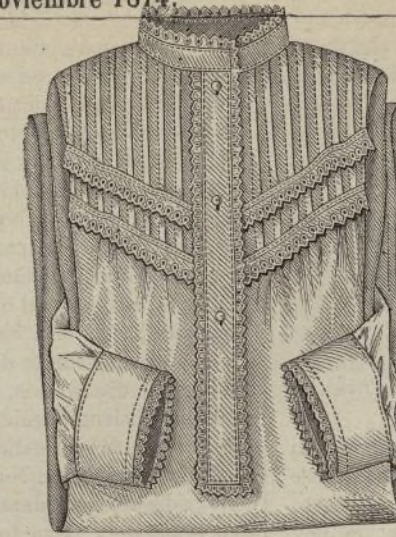
45. Corsete presentado por detrás. (Patron: pliego por el revés, núm. VIII, figs. 21 á 27).



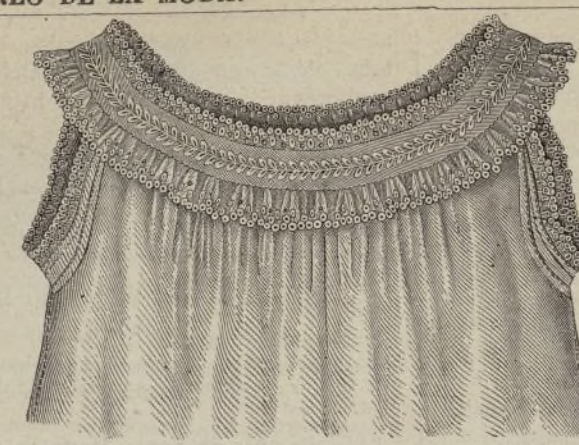
35. Cuello vuelto bordado. (Patron: pliego por el revés, núm. IX, fig. 29).



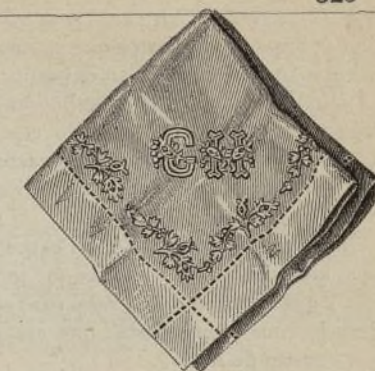
36. Cuello vuelto liso. (Patron: pliego por el revés, núm. X, fig. 29).



7. Camisa de noche.



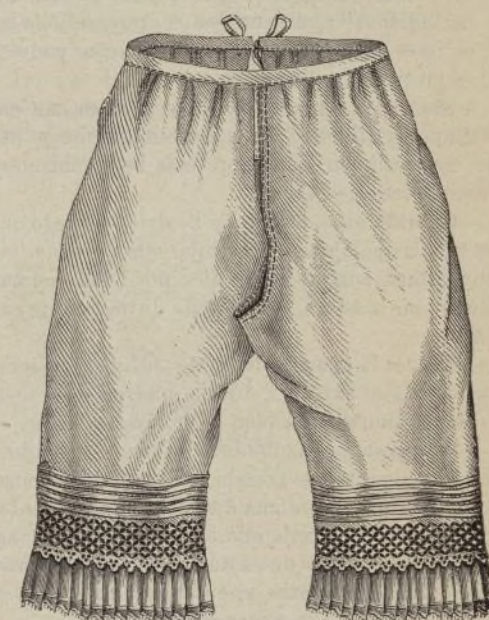
9. Camisa para vestir.
(Patron: pliego por el revés, núm. I, figs. 1 á 3).



14. Pañuelo bordado.



16. Chama bordada.
(Patron y adornos: véase el pliego por el revés, fig. 46).



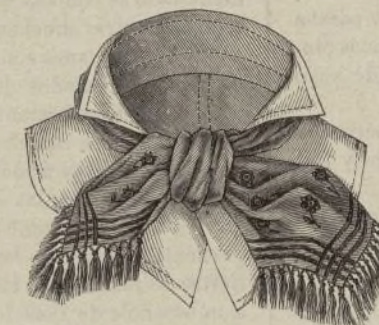
17. Pantalón bordado para señora.
(Contornos del bordado: pliego por el revés, fig. 46).



32. Gorra para la cama. (Patron: pliego por el revés, núm. VII, figs. 19 y 20).



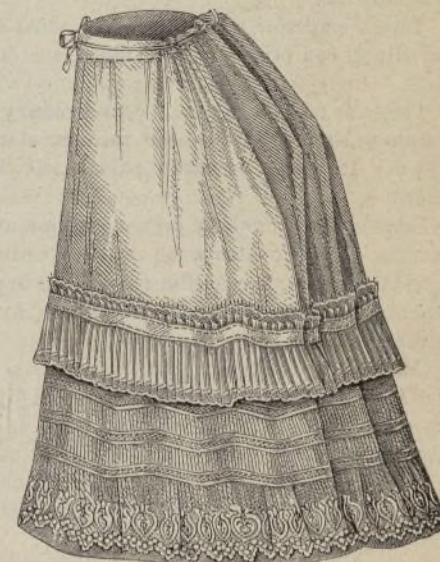
33. Pufio correspondiente al cuello 42.



34. Cuello con puntas vueltas.
(Véase el núm. 4).



37. Fichú para casa. (Véase el núm. 46).



42. Enagua redonda.
(Patron: pliego por el revés, núm. XIII, figs. 32 y 32a).



38. Pendiente.
(Véase el núm. 45).



43. Pantalón de abrigo para señora.
(Patron: pliego por el revés, núm. III, figs. 3A á 3a).



41. Enagua de media cola con ahuecador.
(Modo de cortarla: Patron: pliego por el revés, núm. XIV, figs. 33 y 33a).

con sus bujías y dos jarros que contenían siempre ramos de flores frescas cortadas en el jardín.

De rodillas delante de aquella santa imagen, pasaba Teresa largas horas conversando con Dios por medio de la oración, y empapándose en las tristes reflexiones que le sugería la vista del divino Señor que murió por nosotros entre tormentos infinitos.

Un día fué á visitar á doña Beatriz una señora amiga suya, acompañada de una hija que tenía, jóven hermosísima y que acababa de salir del convento donde se había educado como pensionista, que era el de religiosas de San Agustín de Avila.

Enamorada la jóven de la belleza de aquella niña, á la que veía por primera vez, la atrajo hacia sí, le tomó la mano con ternura y le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo TERESA DE JESÚS, respondió la niña.

—No es Cepeda el apellido de tu señor padre? preguntó la jóven con extrañeza.

—Sin duda, respondió la niña: y yo estimo en mucho este apellido ilustre; pero quiero llamarme y que todos me conozcan por el nombre más bello del mundo: me llamo Teresa de Jesús.

—Querida niña, dijo doña Beatriz, os ruego que no extrañéis las palabras de mi hija: ella no tiene la cabeza muy segura, aunque según dice mi buen hermano don Alvaro que la adora, está dotada de un talento extraordinario.

—Tal vez la misma viveza de su imaginación la hace padecer algún extravío, dijo la madre de la jóven: esto no es extraño; y antes bien se ve muchas veces.

—Mi esposo, prosiguió doña Beatriz, dice que Teresa ha de ser alguna cosa grande en el mundo: lo mismo opina mi hijo mayor que ama á esta niña tiernamente: yo pido al cielo que haga de ella lo que sea de su agrado y que modere el ardor de su devoción, que es extremado: tiene éxtasis frecuentes, y, en tanto duran, dice que oye hablar á Dios y á su Santa madre.

—Los oigo, afirmó Teresa; anoche vi al Señor crucificado, que, en tanto que yo rezaba delante de él, se fué rodeando de luz: yo le decía:

—Señor, quiero ser vuestra toda mi vida:—y el Señor, con una voz tan dulce como una música, me respondió:—Tú serás Teresa de Jesús y yo Jesús de Teresa.

Las dos damas miraron á la niña llenas de admiración.

De esta suerte llegó Teresa á los doce años: á esta edad su viva imaginación deseó saber otras cosas que las que le enseñaban.

Doña Beatriz, señora tan buena y tan piadosa, como queda dicho, tan tierna madre como ejemplar esposa, tenía la debilidad de ser en extremo aficionada á libros de caballería, afición que transmitió á su hija, que pasaba largas horas ocupada en semejantes lecturas, las más propias para exaltar su imaginación juvenil y ya de suyo tan ardiente.

Teresa empezó á rezar menos y á soñar con hermosos paladines, con princesas encantadas, con músicas y torneos.

Teresa se miraba al espejo complacida, y al verse tan hermosa, se preguntaba sino merecía ella también las proezas de algún esforzado paladín, de algún ilustre guerrero.

Empezó á pedir galas y joyas, con gran asombro de su familia, la que, contenta al ver que perdía la afición á la vida religiosa, le concedía todo lo que le pedía, con la esperanza de contentarla así y separarla de sus ideas de devoción y de retiro.

Catorce años contaba Teresa cuando Dios se sirvió llamar á su madre: esta pérdida fué para la jóven en extremo sensible: pero bien pronto se consoló de sus penas, y puso en su adorno mucho mayor esmero que el de costumbre, y se dedicó á ir á todas las reuniones y saraos de la ciudad, ataviándose de un modo tan rico como suntoso.

Esta afición se aumentó con la llegada á casa de su padre de una prima suya viuda y jóven, y de tan locas inclinaciones, que apenas dejaba quieta á Teresa dos horas seguidas en su casa.

Aquella jóven, rica y bella, era la persona que menos convenía á la niña Teresa, naturalmente alegre y dotada de un carácter dominante é independiente: su padre le dirigió algunas amonestaciones; pero ¿qué podían estas contra el efecto que hacían en ella los elogios que prodigaban á su belleza, verdaderamente admirable y cada día más seductora y más llena de atractivos?

Era Teresa de alta estatura, y su color moreno se había vuelto de un trigueño mate muy claro y diáfano: sus grandes ojos negros estaban velados por largas pestañas del mismo color: espesas trenzas negras guarnecían su rostro de un óvalo que se prolongaba hacia la barba.

Su boca pepueña enseñaba, al reírse, dos bellas filas de

menudos dientes blancos é iguales: sus cejas negras estaban noblemente dibujadas: tenía el cuello largo y los escritores de su tiempo dicen que había en ella ALGO DE CISNE.

Tal era Teresa Cepeda, ó de Jesús, como ella misma se llamaba, y como la llamaban en toda la ciudad.

(Se continuará.)

FRAGMENTO DE MI DIARIO DE VIAJES.

ROMA.

Algo de costumbres.—Traslado de alojamiento.—La Locandiera.—Revista de la vecindad.—Anunciata.—El almuerzo.—Prosigo las escursiones.

Al salir ayer de Santa María in Cosmedin era aun temprano y mandé al *Viturino* (cochero) que nos llevase al *Pincio*.

El monte *Pincio*, antiguo *Collis Hortulorum*, es hoy el paseo aristocrático de Roma, donde se dan cita todos los extranjeros notables que residen en la corte Pontificia, cuyo número es considerable, particularmente ingleses y rusos.

El monte *Pincio* está situado junto á la plaza del *Popolo*, y se entra en él por dos verjas laterales. Una suave rampa formando eses conduce á la cúspide de la montaña, y permite á los carruajes subir hasta ella; más cuando se halla en el Su Santidad, solo se puede llegar hasta cierto punto, en donde tienen que apearse los que quieren pasar adelante. Una música militar ameniza todas las tardes el paseo. La meta ó cúspide de la montaña, forma una gran plazoleta plantada de árboles, formados en calles rectas y circulares, é intercalados con los bustos de los hombres más célebres en Italia en letras, artes, armas, etc., colocados sobre esbeltos y elegantes pedestales. Dichos bustos son de mármol de Carrara, están muy bien trabajados y con notable parecido, particularmente los de Virgilio, Dante, Petrarca, Tasso, Boccaccio, Galileo, Ariosto, Rafael Sanzio, Cicerón y algunos otros.

Desde la eminencia del *Pincio* se disfruta una vista deliciosa, sobre todo en su parte posterior, llamada la *Miranda*, desde las que se ven las hermosas villas que están bajo de su plataforma en el valle inmediato, sobresaliendo entre ellas la villa Borghese.

La música de los dragones Pontificios tocaba ayer tarde en la glorieta ó óvalo del centro. Multitud de ginetes y Amazonas hacían caracolear sus corceles por entre las carretelas y americanas, género que abundaba allí. La hermosa princesa del Drago en un elegante carruaje á la Dumont, llamaba la atención y sobresalía entre aquella corte de princesas y mileys. No en valde era así, pues demasiado se conocía que por sus venas circula sangre española. Otras muchas damas lucían sus encantos y sus galas. Las romanas son en general hermosas, morenas, de negros y rasgados ojos, cuyas miradas vivas y penetrantes dicen ya bastante lo vehementes que son en sus pasiones. Visten con elegancia, y hasta si se quiere con más gusto que las francesas é inglesas, aunque adolecen bastante de seguir las exajeradas modas de las primeras. Su trato es amable hasta rayar en la exajeración, y particularmente para los españoles guardan ellas sus más tiernas miradas y sus más afectuosas frases. La expedición española de 1849 formará época en los anales de la amabilidad y cortesía que tanto caracteriza á las súbditas de Pío IX.

Los romanos son también finos, atentos, amables, más por hábito que por temperamento, al contrario que las mujeres, poco amigos de separarse ó dejar sus costumbres, y por lo mismo algún tanto intransigentes. En sus amistades son tan fieles como implacables en sus odios, el que nunca se extingue hasta consumir la *vendetta*, que es para ellos un falso honor. El romano que no se venga cuando ha recibido una ofensa, es mirado con desprecio por sus compatriotas. De este carácter y costumbres participan también las mujeres, pues son en extremo celosas, y el despecho las conduce á veces hasta el crimen.

Después de una vuelta en carruaje, me apeé con mi amigo el diplomático, que desde mi llegada á Roma está haciendo conmigo los oficios de *Cicerón*. Un ginete, que ya nos había saludado al entrar, se apeaba al mismo tiempo y entregaba las riendas del caballo á su *jockey*. Acercóse á nosotros y me saludó con mucha cortesía. Mi amigo nos presentó mutuamente. Era el conde de S..., secretario de la embajada de Nápoles. Juntos emprendimos el paseo á pié, entre los grupos de hermosas mujeres que discurrían por las frondosas calles del *Pincio*. La conversación de un viajero, que desea conocerlo todo, es las más veces una especie de interrogatorio. Los dos diplomáticos, muy conocedores de todo lo principal de Roma, satisfacían con la mayor amabilidad mis preguntas. Del mismo modo que me había hecho amigo del agregado español, me captó las simpatías del conde de S...; y aquella misma tarde, para darme una prueba de

su amistad, me presentó á la marquesa de A..., que haciendo un lujoso tren se encontraba en el paseo. La marquesa era una hermosísima napolitana, de la cual tendré ocasión de hablar. Estuvo conmigo sobremedera amable, colmándome de finos ofrecimientos, é invitándome á un gran baile que iba á dar dentro de algunos días, al cual me hizo prometer que asistiría.

Al retirarnos del paseo fuimos en derecha al hotel. El diplomático español, mi amable *cicerón*, como yo le llamaba, comió aquel día conmigo. Mi criado me estaba esperando con una cuenta artísticamente litografiada, que el administrador del hotel me había pasado. Estaba solamente diez días en Roma, y la cuenta ascendía á dos mil cuatrocientos reales; de modo, que me costaba más de doscientos reales diarios el hospedaje y manutención de mi criado y mío. No me hallaba dispuesto á sostener un gasto tan considerable, porque pensaba detenerme en Roma una larga temporada de un mes lo ménos, y resolví trasladar mis penates á otra parte.

Al día siguiente, después de satisfacer la cuenta, me trasladé á una *locanda mobiliata; maison garni*, como llaman los franceses, que han extendido esta clase de alojamientos en la capital del orbe católico, donde antes apenas eran conocidos.

Mi nuevo domicilio era en la *via de Gambaro*, núm. 5, *primo piano*, punto muy céntrico, cerca del *Corso* y no lejos del palacio de España. Constaba de tres piezas, dos de ellas amuebladas con bastante lujo.

Mi patrona la *Locandiera*, era una mujer muy amable, de unos treinta y cinco años, que puso á mi disposición su doncella para que me planchara la ropa. La *signora Paolina*, sea que yo le fuere simpático, sea que le pagué quince días adelantados, á razón de cinco papeles diarios, me miró siempre con preferencia, á pesar de que era su inquilino más moderno y el ménos estable de todos los que tenía, por mi calidad de viajero.

Al encontrarme en mi nueva casa, mi primera operación fué orientarme; es decir, tomar informes de la vecindad. Empecé por los que vivían bajo el mismo techo que yo. Al lado tenía á un mayor francés del 25.º de línea, con su esposa y dos hijas muy lindas. Al otro lado tenía un caballero profesor de lenguas orientales del colegio de la Propaganda. Dos ventanas de mi salón daban á la calle, y enfrente de ellas había una pequeña casa de un solo piso, cuya única ventana permanecía todo el día con las persianas cerradas. Dijéronme que habitaba la casita una florista llamada Anunciata. Algunos días después la conocí y fui pronto su amigo. Contaría unos veintitres años, vivía completamente sola, y aunque pertenecía á la clase del pueblo era toda una belleza.

Se acercaba la hora de almorzar y salí para ir al restaurant de *Lepri*, que me había recomendado mi amigo como el mejor de Roma. Salí á pié, y una vez en la calle me enteré de la situación. Casi enfrente de casa hay una iglesia que pertenece á un convento de monjas, y no muy lejos de este, al revolver la esquina, un cuartel ocupado por uno de los batallones del 25.º de línea francés. Los demás edificios de la calle no tienen nada de particular para llamar la atención.

En el restaurant de *Lepri* me sirvieron profusamente. Por primera vez comí puerco espin, condimento clásico de la cocina italiana, que á pesar de haber merecido los elogios de algunos célebres viajeros, entre ellos Alejandro Dumas, no mereció mi aprobación, pues lo encontré bastante empalagoso y de difícil digestión, tanto que para conseguir esto último necesité dos tazas de café, con el suplemento de otras tantas copas de cognac.

Al regresar á casa tuve que mandar á mi criado, acompañado del de la *Locandiera*, del cual se había hecho muy amigo, por un carruaje, pues hasta entonces me había servido de uno de los del hotel, que entraba en la cuenta. Tragéronme una carretela con un robusto tronco de yeguas semi-normandas, que aunque no tan lujoso como el que hasta entonces había usado, era muy decente. A las dos vino á buscarme mi guía, y después de haber fumado un cigarro, partimos al trote de las famosas yeguas á continuar nuestras escursiones.

(Se continuará.)

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

Octubre de 1856.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMERES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación.)

No se lo hizo repetir dos veces el tartanero, que era un viejo de aspecto bondadoso. Abrió la portezuela, la ayudó á subir, subió él al pescante y arreó á la mula; de modo que Marta ni pudo despedirse de sus hermanos, ni dar besos á los chiquitines, que se quedaron llorando.

Procuraron Antonio y Dolores consolarlos, sin conse-

guirlo hasta que llegaron á su casa, en donde la vista de los bonitos juguetes que Marta les habia traido secó como por encanto sus lágrimas infantiles.

Pero estaba escrito que aquel día fuera para ellos de agitacion y de sorpresa, pues aun no habian empezado á cenar cuando llamó á la puerta un forastero preguntando por Marta.

—Ha partido! balbuceó el forastero como herido del rayo al saber la triste nueva.

Luego repuso con tono suplicante, y juntando las manos sobre el pecho.

—¡Oh, por Dios, no me la nieguen Vds., no me engañen Vds.! ¡Si ella les ha ordenado que digan eso, no obedezcan tan cruel orden! ¡Vayan Vds. á decirle que Pablo está aquí, que viene á pedirle perdón, que viene á poner entre sus manos su suerte y la suerte de su tía!

Era tan doloroso su acento, tan noble y lleno de expresion su rostro, que Dolores y Antonio se acercaron á él conmovidos.

—Cenque es V. D. Pablo? dijo la primera, ¿el protector de nuestra querida hermana? ¿Cómo era posible que si ella estuviese aquí no quisiera verle?

—Ha partido esta tarde, á nuestro pesar, y sin querer que la acompañásemos, añadió Antonio. Se lo juro á usted por lo más sagrado.

La palidez de la muerte se esparció por el rostro de Pablo al cerciorarse de la horrible verdad, y tuvo que apoyarse en la silla más próxima para no caer al suelo.

Entre tanto, Marta, que iba sola en el pesado vehículo, se propuso aprovechar la ocasion é interrogar á su conductor sobre mil cosas que deseaba saber.

Dejó que el viejo entablase un animadísimo diálogo con su bota, y luego empezó á hacerle preguntas indiferentes.

Nadie apénas la conocia en la Aldea, como no fueran los vecinos de D. Eusebio, porque habia permanecido allí poco tiempo y podia decirse que nunca habia salido á la calle.

El tartanero ignoraba quien fuese, y habló sin reserva alguna de todos y de todo.

Murmuró algo de D. Eusebio y de Pablo, porque Marta le dijo que los habia conocido en Madrid, y mucho de Rosalía, que despues de tanto escoger novios habia cargado con un marido que la hizo sumamente desgraciada.

—Usted no sabe cuánto pasó la pobrecita, dijo, y bien se puede asegurar que fué mártir en vida.

Malos tratos, desaires y escaseces, de todo tuvo que sufrir hasta que Dios quiso llevársela. Si alguna culpa habia cometido, bien la espió al lado de aquel hombre, ó más bien de aquel verdugo, que se complacia en humillarla y se reía de sus lágrimas! Y apénas la pobrecilla, hubo cerrado los ojos, se dió prisa en venderlo todo y en marcharse! ¡Hizo bien, porque en el pueblo nadie le quería! Vele ahí V. lo que son las cosas de estemundo! ¡Cata aquí que el que es ahora dueño de su casa fué antes pretendiente de la pobre Rosalía! No es ningún Salomon, vamos al decir, pero es un hombre honrado, bien quisto en el pueblo, y alcalde por más señas.

Si viera V. cómo ha trasformado la casa! La ha levantado un piso, ha pintado la fachada, y qué se yo cuantas cosas más que dá gloria el verla. Si Rosalía no se hubiese muerto, se moriría ahora de envidia al ver que el muchacho de quien tanto se burló, se enseñoorea en sus propias haciendas con su mujer y cuatro hermosos chiquitines.

La tartana llegaba á la sazón á una altura desde la cual se dominaba el pueblo.

—Pues vele ahí V. la casa, repuso el vejete, señalándola un edificio del arrabal, que efectivamente descollaba sobre todos los demás, y cuyos cristales brillaban á lo lejos como otros tantos espejos.

Marta sintió oprimírsele el corazón: mil recuerdos dolorosos se agolparon á su mente, y le pareció ver cruzar por delante de sus ojos las pálidas sombras de D. Eusebio y Rosalía.

Incapaz de disimular su emocion, se retiró al fondo de la tartana. Por fortuna el vehículo descendía por una pendiente rápida, el tartanero estaba muy ocupado en tirar de las riendas para contener el paso de la mula, y Marta pudo llorar cuanto quiso sin ser vista.

El sol se habia ocultado ya por completo entre los densos nubarrones: el viento azotaba ya las cimas de los árboles, y las aves corrian presurosas á buscar un asilo entre las cóncavas peñas.

Imponente era el paisaje que se ofrecia á los ojos de la jóven, quien apesar de la preocupacion de su espíritu no pudo menos de admirarle.

Atravesaban la áspera y fragosa sierra cubierta de encinas, robles y pinares.

A derecha é izquierda del camino los vallecitos angostos y profundos, sucedian á los informes picachos que se destacaban con severa magestad sobre el plumizo horizonte.

Por todas partes respondian á los ayes del viento, ó á los chillidos de las aves de rapiña, los sonoros ecos, siendo estos los únicos rumores que turbaban el augusto silencio.

Para armonizar con el grandioso cuadro, hasta el tartanero habia perdido su locuacidad primitiva, permaneciendo mudo y cabizbajo.

De repente hizo la señal de la cruz.

—Corremos algun peligro? preguntó Marta asustada.

—Bien se ve que es V. forastera, cuando me hace tal pregunta, dijo el viejo.

No corremos ningún peligro, á Dios gracias; pero como buenos cristianos, todos los que pasamos por aquí á deshora, rezamos por un alma que está en pena.

Ve V. allá abajo aquella espesura que parece una mancha negra? Pues allí está la cueva de la Yedra, y allí es donde se aparece el fantasma.

—Qué fantasma? preguntó Marta sonriendo.

Sonrióse el viejo á su vez con aire de importancia y con la satisfaccion propia del que sabe en un asunto más que los otros, y así, despues de haber dado algunos besos á su querida bota, dijo con tono misterioso:

—Nadie mejor que yo podia contarle á V. esta historia, porque además de haberme criado en una casa situada en el centro de las mismas ruinas, he servido muchos años en el ejército y sé dónde me aprieta el zapato, y sé decir mi verdad sin ambages ni rodeos. ¡Vé V. aquel monton de escombros! Pues antes de desmoronarse y venir al suelo, como sucede con todas las cosas de este mundo, fué un castillo muy hermoso, y aun contaba mi abuela que la suya tal lo habia conocido, con sus troneras y sus torreallas, con sus fosos y contrafosos. Pues bien: allá por los tiempos en que el rey rabió, que yo no se cuales serian, era dueño de ese castillo un conde ó un marqués, ó yo tampoco sé lo que seria; pero lo cierto es, que en la puerta hay un escudo de armas, tamaño de tres varas.

Pues bien: andaban los perros moros haciendo correrías por todas partes, y no pocas veces se aventuraban al través de estas fragosas breñas; pero el castillo este servia como de atalaya para que no penetrasen tierra adentro, y el señor que lo gobernaba era un capitán muy valiente, que con un puñado de hombres, la cruz en una mano, y la espada en otra, era capaz de derrotar y acuchillar á todo un ejército. Pues bien: vele ahí V. que los moritos le tenían gran tirria, y juraron vengarse de él de cualquier modo que fuese.

Tenia el conde ó marqués una mujer muy hermosa, tan hermosa, que el sol tenia envidia del resplandor de sus ojos y el jazmin de la tez de sus mejillas.

Pues bien: vele ahí V. que un día....

Ah! se me olvidaba decir que el señor queria á su mujer como á las niñas de sus ojos y la mujer á su marido como á los ojos de su cara.

Pues bien: vele ahí V. que un día se presentaron los moros coronando estas peñas, salió el castellano con sus soldados á desalojarlos; pero mientras tanto, un criado infiel bajó el puente levadizo, abrió la poterna, é introdujo en el castillo al capitán moro con doce hombres más, y éstos, cogiendo en sus brazos á la hermosa señora, la llevaron á un espeso bosque que estaba por cima de la cueva. Resistióse ella á lo que ellos la proponian, que no debía ser muy bueno, y entónces el capitán moro, vencido por su hermosura, y más que todo por su virtud, la dejó guardada por cuatro soldados suyos, pero suelta y sin cadenas, y él se fué á la pelea, que ya apretaba mucho y amenazaba perderse por su parte, y la dijo que si él salia vencedor en buena ley, la tomaria, no ya por concubina, como ellos acostumbraban, sino por legítima esposa.

Qué tal quedaria la buena señora, y con cuánta ansiedad y zozobra seguiria los percances del combate, puede usted muy bien imaginárselo. Pero vele ahí V. lo que es no tener confianza en Dios, que es el padre de todos y nos abre camino por donde ménos esperamos. A la buena señora, con ser tan buena, la faltaba paciencia y sufrimiento. Vió que se torcia la pelea con la llegada del capitán moro, vió que los cristianos iban retrocediendo y dispersándose aquí y allá, vió que su esposo estaba acometido de cerca por los enemigos, y no quiso ver otra cosa ni esperar más plausible resultado. Y desesperada, y ciega, y fuera de sí, zas, se precipitó de un risco y vino á dar en esta cueva, y entrándose en ella, se precipitó en las aguas que segun cuentas, deben reunirse allí, aunque no se sabe á donde van á parar, pues si se tira una piedra se la oye romper las ondas pero no llegar al fondo.

Pues bien: el conde en vez de perder ganó, y vino triunfante al castillo y buscó en vano á su esposa, y fué tal la pesadumbre que tomó, que el infeliz murió á los breves días. Y á la castellana, por haberse dado á sí misma la muerte, cosa contraria á lo que nos manda el catecismo, y por no haber tenido confianza en la Providencia, Dios la condenó á que su alma vagase por estos alrededores hasta que su misericordia y los ruegos de las buenas

almas la abran las puertas del paraíso, y así enseñe á los que sufren á tener paciencia y esperanza, por mucho que se apriete el dogal que les echa al cuello la desgracia.

(Se continuará).

Nuevas soluciones á la charada *Avellaneda* inserta en el núm. 37 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Octubre, por la señorita doña Rosa Valls y Pl, de Barcelona; doña Dorotea Aleman, de Zaragoza; doña Quintina Rodriguez, de Badajoz; doña Rosario Ocampo, de Oviedo, y doña Celestina Mendoza, de Santander.

Soluciones á las charadas insertas en el núm. 39 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Octubre, por las señoras doña Amalia Mengibar, de Valencia; doña Inés Castro Gonzalez, de Lugo; doña Inocencia Peña, de Santander; doña Dolores Sanchez, de Sevilla; doña Tomasa Ullo, de Málaga; doña Gervasia Torreblanca, de Mondoñedo, D. Antonio María Lopez Ramajo, de Madrid, y las siguientes en verso.

1.^a

Embozado yo en la capa
y en compañía de mi Pepa,
esperé tras de una cepa
cierto fraile de la trapa.

Pálido como la cera
se acercó; miró al soslayo,
y dijo para su sayo:
aquí está la TRA-PA-CE-RA.

2.^a

Peces pescaba en el mar,
mientras grave y circunspecto
tocaba armonioso plectro.
Mas me tuve que largar
huyendo de aquel lugar,
porque me asombró un ESPECTRO.

Aguilar 21 Octubre.

FRANCISCO DE ASIS CASTRO.

CHARADAS.

Es una y tres parte de ave,
y segunda con la prima
tiene mi cara sobrina
mientras mi vida no acabe.
Mi todo cualquiera sabe
que conserve en la memoria
un recuerdo de la historia.
Un mal rey cuya arrogancia
humillada fué en la Francia
por coligacion notoria.

Salas 10 de Setiembre de 1874.

AMALIA CAMUÑO Y COLLAS.

II.

Dicen que prima se come,
Y que segunda se toma,
Y que la tertia se bebe
Si una letra se adiciona;
Que en el todo se descansa
Sin pesares ni zozobras;
Aunque reposo tan triste
No apetezco por ahora.

JOAQUIN RAMA.

III.

De la escala musical
Notas son prima, tres, cuatro;
Y con la dos consonante
El todo se ha completado,
Que el nombre es de un rey de España
muy católico cristiano.
Mas suprimida la tertia
Significa objetos varios
Que es inútil expresar
Por no venir aquí al caso,
Si bien el que quiera puede
En el Diccionario hallarlos.

GERÓNIMO COUDER.

IV.

Artículo es la primera,
La dos nota musical,
Y la segunda y la tertia
ves á la orilla del mar.
La tercera repetida
Al niño suelen llamar,
Y es el todo un apellido
De un escritor especial.

ANTONIO MARÍA LOPEZ Y RAMAJO.

ECONOMIA DOMESTICA.

Hacia fin de otoño se empiezan á preparar las habitaciones para el invierno, y vamos á dar algunos consejos para devolver á los muebles su brillo primitivo. Los cuadros dorados suelen empañarse con el polvo. Para limpiarlos, jamás se debe emplear un

pañó de lienzo ó algodón, porque esto no hacemos que incrustar el polvo en las molduras, debiéndose emplear pedazos de algodón en rama ó piel de guante. Si el dorado es fino puede humedecerse el algodón con agua clara.

Para quitar el polvo á los muebles generalmente se golpean con los zorros, lo cual es muy mal hecho, pues con los golpes es fácil que salten los clavos ó las molduras. Esto es bueno para las paredes.

Para los muebles, debe emplearse un paño con el cual se sacuden ligeramente, teniendo cuidado antes de tapar los cuadros y los espejos.

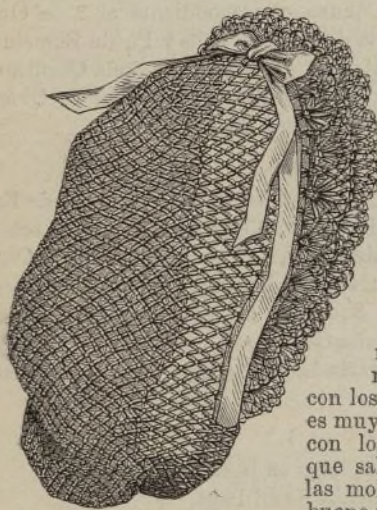
Los candelabros de cobre, se cubren pronto de manchas de un feo color verde gris, producidas por las gotas de esperma que producen las bujías.

Para quitarlas, se moja una esponjita en agua tibia, y pasándola por encima de un pedazo de jabón, se humedecen las manchas, que desaparecen enseguida.

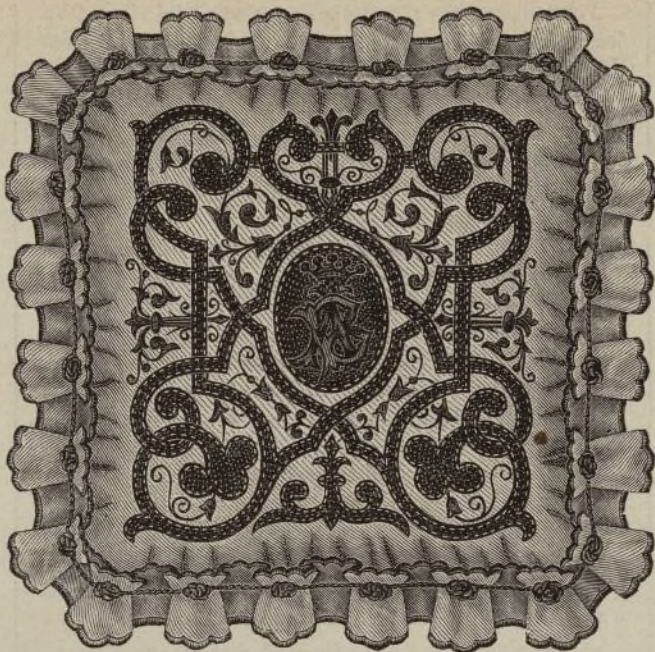
Si estas manchas fuesen sobre madera, se quitan con un tarugo de franela empapado en aceite.

Los bronce dorados se limpian del modo siguiente: si estuviesen manchados de aceite ó grasa, primero se lavan con agua y ceniza, y luego se prepara una mistura compuesta de agua, sulfato de aluminio y ácido nítrico. Las proporciones: una tercera parte de sulfato de aluminio, una de ácido nítrico y dos de agua. Se meten los objetos de bronce en esta mistura, se enjugan con una franela y se dejan secar.

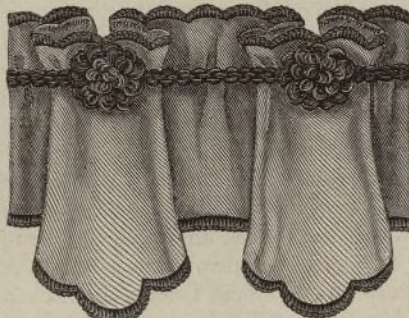
(Se continuará).



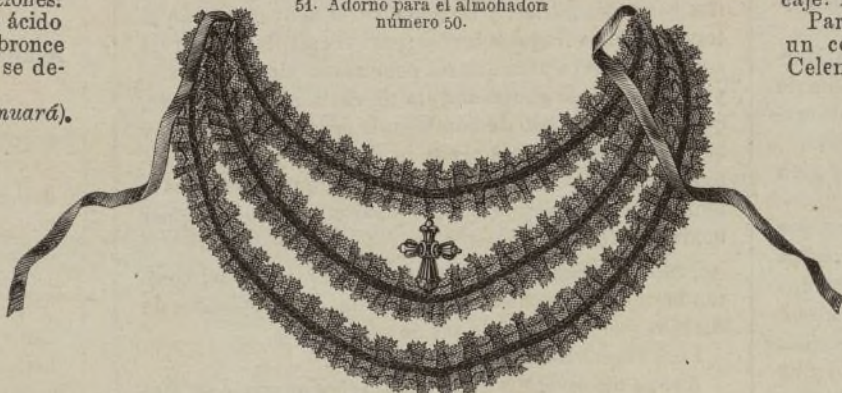
46. Redcecilla para la cama.



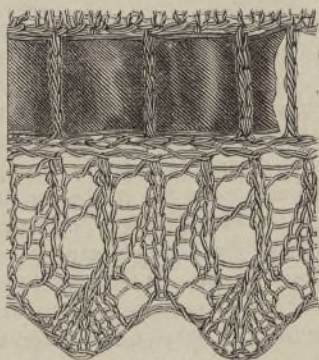
50. Almohadon de aplicacion. (Véase el núm. 51).



51. Adorno para el almohadon número 50.



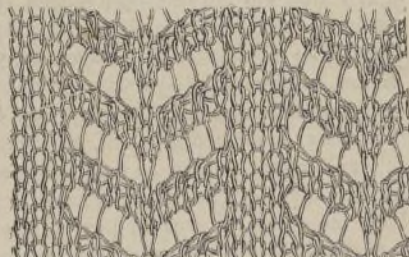
52. Collar de cinta y encaje.



48. Puntilla para la redcecilla núm. 55.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con este número se reparte la magnífica lámina de CONFECCIONES DE INVIERNO que se da de regalo á los señores suscritores de año y medio año, cuya explicacion aparecerá en el número inmediato.



49. Fondo de punto para la redcecilla núm. 51.

Explicacion del Figurin 1144.

FIG. 1.^a — Traje de comida. — Vestido de faya habana de dos tonos. Los paños de la falda están plegados á la rusa, alternando los dos tonos. Por detras los plegados sólo llegan á su tercera parte de altura, mientras por delante suben hasta las dos terceras partes, encima de las cuales descende una pequeña túnica, cuyos bullonados separan entre sí patas del tono más oscuro. Tres patas iguales adornan en forma de quillas los costados de la falda. El cuerpo, de aldeta cortas y puntiagudas por delante, forma túnica larga por detras, guarnecida todo alrededor con encaje negro. Corona de margaritas en el peinado, terminada con caídas habana.

FIG. 2.^a — Traje para recibir visitas. — Vestido de lana gris, recogido en pouf por una echarpe de gros-grain ó terciopelo azul. Todo el adorno de la falda y el cuerpo consiste en el mismo terciopelo. El delantero de la falda sube diagonalmente hasta el talle, y el cuerpo lleva solapas azules. Peineta de azabache y lazo azul en el cabello.

FIG. 3.^a — Traje para reunion ó teatro. — Vestido de faya gris plata con algo de tornasol rosa, adornado de raso verde. El cuerpo, de punta por delante, lleva por detras aldeta redonda, y terminada en picos, que descende sobre la falda.

El adorno figura una segunda falda en los paños de atras, y un delantal puesto diagonalmente por delante. Gola y mangas de encaje. Rosa blanca en el cabello.

Para que los vestidos de peto sienten bien, se necesita un corsé de los que fabrica madame Grnd, plaza de Celenque, núm. 1, Madrid.



47. Redcecilla para la cama, de punto de aguja. (Véanse los núms. 56 y 57).



53. Traje con túnica.



54. Traje con túnica.

Las Sras. Suscritoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edicion, recibirán con este número la magnífica LÁMINA DE CONFECCIONES DE INVIERNO y el pliego de patrones, y las de año y medio año la magnífica LÁMINA DE CONFECCIONES.

2 de Noviembre de 1974.

DERECHO.

No estando todavía bien definida la moda de invierno, hemos elegido los modelos de más novedad expuestos en los escaparates de las casas más acreditadas de París y que acaban de recibir nuestros oídos correspondientes en aquel punto.

Núm. 1. — Cuerpo con alfileres para señora.

Fig. 1. — Detallado (con dos piezas).

Fig. 2. — Costadillo.

Fig. 3. — Espaldas.

Este elegante cuerpo es para un traje de terciopelo negro. La

falda es de seda, los patos de delante son fruncidos de arriba en las

costuras de los costados y por atrás forman un ligero pont.

El cuerpo, que se abrocha por delante, puede pasar una chaqueta

de terciopelo de la misma tela, ya guarnecido todo alrededor con una tira

de faja bordada de asachos de color contrastante de ancho y rico

diseño de seda de este colorido de largo. La manga se solo lleva

en la costura exterior una tira bordada. Cuello y solapas de faja

bordada.

Este lindo traje puede ser todo de un color ó de dos distintos.

El modelo es terciopelo pensamiento y faja violeta.

Núm. 11. — Sombrero-capota para niña de doce ó dieciocho

meses.

Fig. 4. — Fondo.

Fig. 5. — Bovelot.

Es de cachemir blanco, forrado de seda blanca, y lleva tal de ar-

mar entre ambas telas para darles consistencia. La tira que adorna

la pasa está ricada por arriba y termina con un flequillo. Por

dentro se guarnecen con una diadema de tul de ilusión y se ponen

las bridas de tafetán blanco.

Núm. 111. — Traje Jemena. — Cuerpo con alfileres.

Fig. 6. — Detallado (con dos piezas).

Fig. 7. — Costadillo.

Fig. 8. — Espaldas.

Fig. 9. — Manga (con la línea que indica

la hoja inferior).

Fig. 10. — Primera solapa de la manga.

Fig. 11. — Segunda solapa de la manga.

Puede hacerse este lindo traje en todo clase de telas. Nuestro

modelo es de seda de lana color moda.

Los patos de delante y de costado llevan anchas solapas de gros

grain ó terciopelo del mismo tono, ribeteados de faja de tono más

claro. Estas patas están cortadas y dispuestas de modo que aparen-

cia abotonadas con botones y guarnecidas por presillas de la tela. La

parte de atrás de la falda lleva cuatro volantes fruncidos.

La falda forma delante por delante, y por detrás se compone de

una chaqueta guarnecida por delante. El cuerpo y las mangas, con

las costuras, llevan al mismo adorno.

Núm. 14. — Túnica del traje Jemena.

Fig. 12. — Pecho de delante (mitad).

Fig. 13. — Pecho de costado (izquierda).

Fig. 14. — Pecho de costado (derecho).

Fig. 15. — Pecho de atrás (reducido a la 8ª parte).

Núm. 15. — Detallado con una pieza.

Fig. 16. — Detallado con una pieza.

Fig. 17. — Detallado con una pieza.

Fig. 18. — Detallado con una pieza.

Fig. 19. — Detallado con una pieza.

Fig. 20. — Detallado con una pieza.

Fig. 21. — Detallado con una pieza.

Fig. 22. — Detallado con una pieza.

Fig. 23. — Detallado con una pieza.

Fig. 24. — Detallado con una pieza.

Fig. 25. — Detallado con una pieza.

Fig. 26. — Detallado con una pieza.

Fig. 27. — Detallado con una pieza.

Fig. 28. — Detallado con una pieza.

Fig. 29. — Detallado con una pieza.

Fig. 30. — Detallado con una pieza.

Fig. 31. — Detallado con una pieza.

Fig. 32. — Detallado con una pieza.

Fig. 33. — Detallado con una pieza.

Fig. 34. — Detallado con una pieza.

Fig. 35. — Detallado con una pieza.

Fig. 36. — Detallado con una pieza.

Fig. 37. — Detallado con una pieza.

Fig. 38. — Detallado con una pieza.

Fig. 39. — Detallado con una pieza.

Fig. 40. — Detallado con una pieza.

Fig. 41. — Detallado con una pieza.

Fig. 42. — Detallado con una pieza.

Fig. 43. — Detallado con una pieza.

Fig. 44. — Detallado con una pieza.

Fig. 45. — Detallado con una pieza.

Fig. 46. — Detallado con una pieza.

Fig. 47. — Detallado con una pieza.

Fig. 48. — Detallado con una pieza.

Fig. 49. — Detallado con una pieza.

Fig. 50. — Detallado con una pieza.

Fig. 51. — Detallado con una pieza.

Fig. 52. — Detallado con una pieza.

Fig. 53. — Detallado con una pieza.

Fig. 54. — Detallado con una pieza.

Fig. 55. — Detallado con una pieza.

Fig. 56. — Detallado con una pieza.

Fig. 57. — Detallado con una pieza.

Fig. 58. — Detallado con una pieza.

Fig. 59. — Detallado con una pieza.

Fig. 60. — Detallado con una pieza.

Fig. 61. — Detallado con una pieza.

Fig. 62. — Detallado con una pieza.

Fig. 63. — Detallado con una pieza.

Fig. 64. — Detallado con una pieza.

Fig. 65. — Detallado con una pieza.

Fig. 66. — Detallado con una pieza.

Fig. 67. — Detallado con una pieza.

Fig. 68. — Detallado con una pieza.

Fig. 69. — Detallado con una pieza.

Fig. 70. — Detallado con una pieza.

Fig. 71. — Detallado con una pieza.

Fig. 72. — Detallado con una pieza.

Fig. 73. — Detallado con una pieza.

Fig. 74. — Detallado con una pieza.

Fig. 75. — Detallado con una pieza.

Fig. 76. — Detallado con una pieza.

Fig. 77. — Detallado con una pieza.

Fig. 78. — Detallado con una pieza.

Fig. 79. — Detallado con una pieza.

Fig. 80. — Detallado con una pieza.

Fig. 81. — Detallado con una pieza.

Fig. 82. — Detallado con una pieza.

Fig. 83. — Detallado con una pieza.

Fig. 84. — Detallado con una pieza.

Fig. 85. — Detallado con una pieza.

Fig. 86. — Detallado con una pieza.

Fig. 87. — Detallado con una pieza.

Fig. 88. — Detallado con una pieza.

Fig. 89. — Detallado con una pieza.

Fig. 90. — Detallado con una pieza.

Fig. 91. — Detallado con una pieza.

Fig. 92. — Detallado con una pieza.

Fig. 93. — Detallado con una pieza.

Fig. 94. — Detallado con una pieza.

Fig. 95. — Detallado con una pieza.

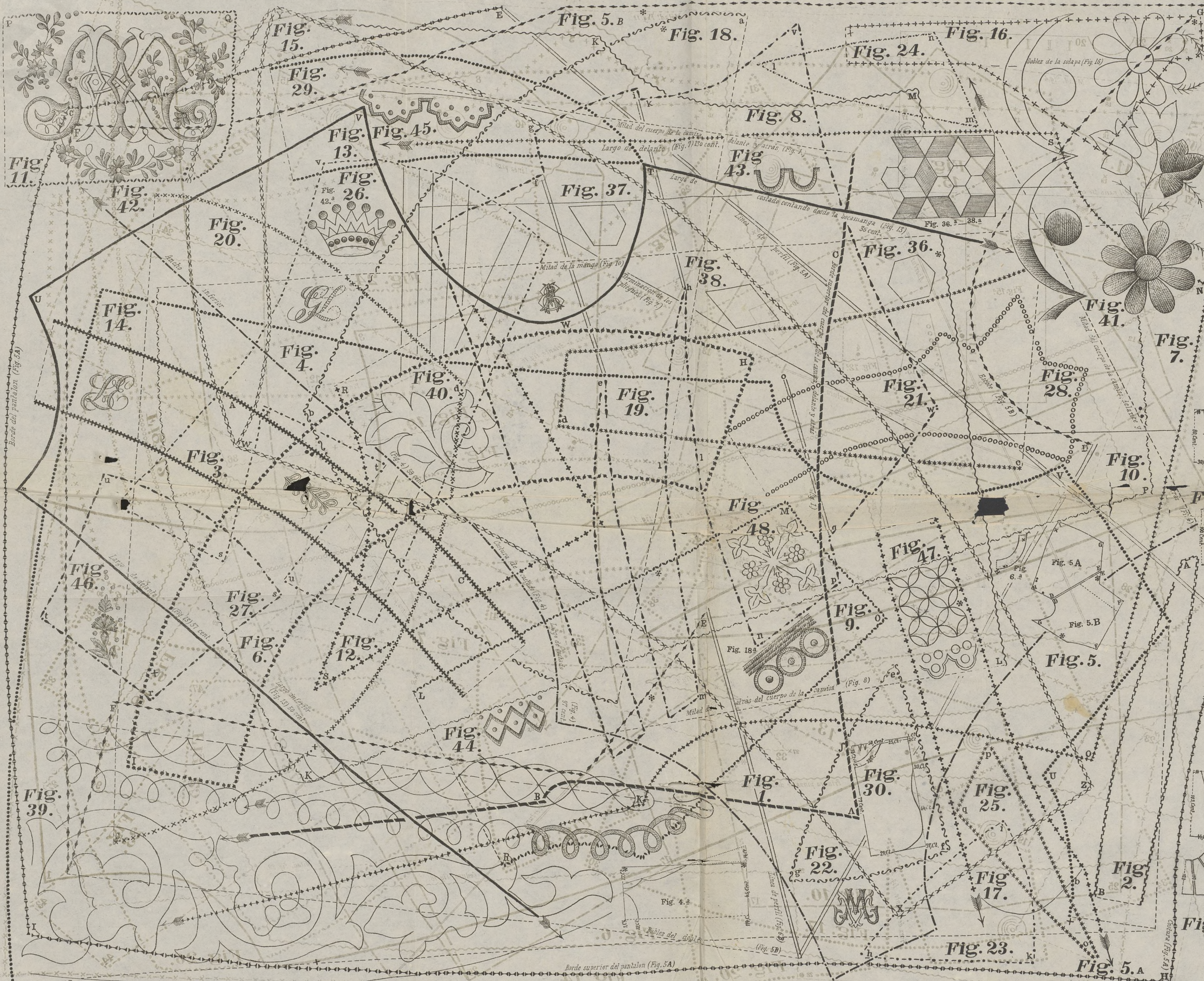
Fig. 96. — Detallado con una pieza.

Fig. 97. — Detallado con una pieza.

Fig. 98. — Detallado con una pieza.

Fig. 99. — Detallado con una pieza.

Fig. 100. — Detallado con una pieza.



Explicación de 16 patrones y diversos dibujos para bordados, cuyos grabados aparecen en los núms. 41 y 42 del Correo, correspondientes al 2 y 10 de Noviembre.

REVES.

Núm. I.—Camisa de vestir. Grabado 9 del núm. 41 del Correo, correspondiente al 2 de Noviembre.
Fig. 1.—Mitad del cuerpo de la camisa, delante y atrás (A, B, C, D).
Fig. 2.—Mitad de la manga (A, B).
Fig. 3.—Cuarta parte del cuello con los contornos del bordado (A, C).
Núm. II.—Camisa de vestir. Grabado 8 del núm. 41 del Correo, correspondiente al 2 de Noviembre.
Fig. 4.—Mitad del cuerpo de la camisa, delante y atrás.
Fig. 5.—Manga de la camisa.
Fig. 6.—Manga de la camisa.
Fig. 7.—Manga de la camisa.
Fig. 8.—Manga de la camisa.
Fig. 9.—Manga de la camisa.
Fig. 10.—Manga de la camisa.
Fig. 11.—Manga de la camisa.
Fig. 12.—Manga de la camisa.
Fig. 13.—Manga de la camisa.
Fig. 14.—Manga de la camisa.
Fig. 15.—Manga de la camisa.
Fig. 16.—Manga de la camisa.
Fig. 17.—Manga de la camisa.
Fig. 18.—Manga de la camisa.
Fig. 19.—Manga de la camisa.
Fig. 20.—Manga de la camisa.
Fig. 21.—Manga de la camisa.
Fig. 22.—Manga de la camisa.
Fig. 23.—Manga de la camisa.
Fig. 24.—Manga de la camisa.
Fig. 25.—Manga de la camisa.
Fig. 26.—Manga de la camisa.
Fig. 27.—Manga de la camisa.
Fig. 28.—Manga de la camisa.
Fig. 29.—Manga de la camisa.
Fig. 30.—Manga de la camisa.
Fig. 31.—Manga de la camisa.
Fig. 32.—Manga de la camisa.
Fig. 33.—Manga de la camisa.
Fig. 34.—Manga de la camisa.
Fig. 35.—Manga de la camisa.
Fig. 36.—Manga de la camisa.
Fig. 37.—Manga de la camisa.
Fig. 38.—Manga de la camisa.
Fig. 39.—Manga de la camisa.
Fig. 40.—Manga de la camisa.
Fig. 41.—Manga de la camisa.
Fig. 42.—Manga de la camisa.
Fig. 43.—Manga de la camisa.
Fig. 44.—Manga de la camisa.
Fig. 45.—Manga de la camisa.
Fig. 46.—Manga de la camisa.
Fig. 47.—Manga de la camisa.
Fig. 48.—Manga de la camisa.

Fig. 31.—Manga de la camisa.
Fig. 32.—Manga de la camisa.
Fig. 33.—Manga de la camisa.
Fig. 34.—Manga de la camisa.
Fig. 35.—Manga de la camisa.
Fig. 36.—Manga de la camisa.
Fig. 37.—Manga de la camisa.
Fig. 38.—Manga de la camisa.
Fig. 39.—Manga de la camisa.
Fig. 40.—Manga de la camisa.
Fig. 41.—Manga de la camisa.
Fig. 42.—Manga de la camisa.
Fig. 43.—Manga de la camisa.
Fig. 44.—Manga de la camisa.
Fig. 45.—Manga de la camisa.
Fig. 46.—Manga de la camisa.
Fig. 47.—Manga de la camisa.
Fig. 48.—Manga de la camisa.

Fig. 33.—Manga de la camisa.
Fig. 34.—Manga de la camisa.
Fig. 35.—Manga de la camisa.
Fig. 36.—Manga de la camisa.
Fig. 37.—Manga de la camisa.
Fig. 38.—Manga de la camisa.
Fig. 39.—Manga de la camisa.
Fig. 40.—Manga de la camisa.
Fig. 41.—Manga de la camisa.
Fig. 42.—Manga de la camisa.
Fig. 43.—Manga de la camisa.
Fig. 44.—Manga de la camisa.
Fig. 45.—Manga de la camisa.
Fig. 46.—Manga de la camisa.
Fig. 47.—Manga de la camisa.
Fig. 48.—Manga de la camisa.

Fig. 34.—Manga de la camisa.
Fig. 35.—Manga de la camisa.
Fig. 36.—Manga de la camisa.
Fig. 37.—Manga de la camisa.
Fig. 38.—Manga de la camisa.
Fig. 39.—Manga de la camisa.
Fig. 40.—Manga de la camisa.
Fig. 41.—Manga de la camisa.
Fig. 42.—Manga de la camisa.
Fig. 43.—Manga de la camisa.
Fig. 44.—Manga de la camisa.
Fig. 45.—Manga de la camisa.
Fig. 46.—Manga de la camisa.
Fig. 47.—Manga de la camisa.
Fig. 48.—Manga de la camisa.

Fig. 35.—Manga de la camisa.
Fig. 36.—Manga de la camisa.
Fig. 37.—Manga de la camisa.
Fig. 38.—Manga de la camisa.
Fig. 39.—Manga de la camisa.
Fig. 40.—Manga de la camisa.
Fig. 41.—Manga de la camisa.
Fig. 42.—Manga de la camisa.
Fig. 43.—Manga de la camisa.
Fig. 44.—Manga de la camisa.
Fig. 45.—Manga de la camisa.
Fig. 46.—Manga de la camisa.
Fig. 47.—Manga de la camisa.
Fig. 48.—Manga de la camisa.